

Chloë Thurlow

La concubina perfecta



La concubina perfecta perfecta
concubini n...
concu



Entre Paréntesis - 9

LA CONCUBINA PERFECTA

Chloë Thurlow

ediciones
Lectio





Primera edición: noviembre de 2013

© del texto: la autora

© de esta edición: Lectio Ediciones

© de la edición original: Accent Press Ltd. 2010

© de la edición:

9 Grupo Editorial

Lectio Ediciones

C/ Muntaner, 200, ático 8ª • 08036 Barcelona

Tel. 977 60 25 91 • 93 363 08 23

lectio@lectio.com • www.lectio.es

Traducción: Ramon Sala Gili

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-15088-92-9

DL T 840-2013





ÍNDICE

La isla.....	5
La barca.....	21
Huida.....	39
Las noches de Arabia	55
Al sur de ninguna parte	67
Mauritania	79
Caravasar.....	93
La bailarina	107
El harén.....	121
El emir	131
El Sáhara	141
Sherezade	153
Epílogo.....	165





LA ISLA

Nunca sabré qué fue lo que me hizo nadar hasta aquel islote.

Había dejado a un lado la revista que leía; no traía nada que me interesase. Me había quitado el bañador para broncear un poco las partes del cuerpo habitualmente tapadas. Le había dado el pasaporte a mi novio antes de irme de vacaciones sola, sin pensar en que los días se me iban a hacer tan largos. Empezaba a creer que era mejor tener al lado a alguien que no te gustase que pasar las horas tendida sobre las arenas negras de una playa de La Gomera sin nadie con quien conversar.

Un poco más allá había un grupito de personas cobijadas bajo un gran parasol de rayas rojas y blancas; podía oír cómo se reían. Casi deseaba que alguien se acercara y me saludase. Que estuviese desnuda podía ser un buen motivo para que lo hiciera. O no; era difícil decirlo. Hay gente a quien esto azora; mi exnovio Bobby, por ejemplo. Él era de aquellos capaces de quedarse paralizado y luego, cuando se recuperaba, decir alguna estupidez realmente infantil. Por esta razón lo despedí: alto, moreno y hermoso, era una frase hecha ambulante; un niño dentro de un cuerpo adulto.

Ya tenía 22 años. Era hora de que creciera y de que me dejara de placeres de niños.

«¡Soy una mujer!», grité.

«¡Soy una mujer! ¡Soy una mujer! ¡Soy una mujer!», me devolvió el eco salido no sabía muy bien de dónde...

Presa de una risa floja, me despecaré estirándome lentamente y respiré profundamente. Era la primera vez que, desnuda en una playa, dejaba



que los rayos de sol acariciaran mis rosados pezones. Y me gustaba. Cogí las puntas entre mis dedos, apreté y una corriente eléctrica recorrió mi espinazo, haciéndome ronronear como si fuera una gata. Al sostener mis senos en las palmas de las manos, me invadió una sensación de bienestar. Cerré los párpados tras las enormes gafas de sol y dejé que mis manos se deslizaran por la cintura acariciando mi pelvis, brillante por el efecto del aceite solar, hasta que una de ellas llegó al sedoso felpudo de la entrepierna. El sol y el salitre del aire me hacían sentir *sexy*, y esto no aliviaba en nada mi sensación de soledad.

Descubrí que estaba húmeda. Inconscientemente, dejé que un dedo se introdujera entre los rosados bordes de mi pechina; la sangre acudió a mis mejillas, ruborizándolas. Me asaltó un temor: «¿Y si alguien estuviera viéndome?» Me incorporé, apoyándome sobre los codos, y miré a mi alrededor. El grupo, a lo lejos, estaba recogiendo sus cosas para marcharse. Poco a poco todos se internaron entre las dunas hasta perderse de vista. Estaba completamente sola en la alargada playa.

Como una muralla medieval, a mis espaldas se alzaba un farallón rocoso. Cielo y mar exhibían idéntico color azul y a lo lejos se percibía un punto oscuro. Primero pensé que sería una barca, un espejismo quizá, pero al fijarme bien percibí el perfil de un islote cubierto de palmeras.

Me acerqué al mar y haciendo visera con la mano intenté calcular la distancia a la que estaba del islote, cuyo contorno las olas de aire cálido hacían oscilar, como si fuera una esmeralda sobre una sábana de azulado satén. El mar alrededor de la isla canaria de La Gomera está festoneado por escollos y protuberancias de roca volcánica; hacía unos días que en uno de ellos había visto un rebaño de cabras con esquilas en el cuello para indicar que no eran salvajes, paciendo en la escasa hierba que lograba crecer en el peñasco; aquí todo tiene un dueño, incluso las piedras que sobresalen de las aguas.

«Cuanto más lejos, mejor», murmuré sin saber muy bien a qué me refería y de qué quería huir.

Me quedé inmovilizada por mis pensamientos, con los pies semienterrados en la oscura arena; una pequeña figura blanca contra un negro paisaje volcánico. El mundo parecía recién creado, todo aparentaba ser inocentemente nuevo y por conformar. El islote a lo lejos



estaba envuelto en una bruma que le daba una seductora y misteriosa aura. Llevada de un impulso, tiré las gafas de sol sobre la toalla y me adentré en el mar dispuesta a alejarme un poco más de Londres. ¿Por qué no? Disponía de tiempo para nadar hasta la isla más meridional del archipiélago canario, El Hierro, si hiciera falta; suponiendo que hubiera sido capaz de tal proeza. Respiré hondo y me zambullí en las olas. Quería comprobar que no era un espejismo, que ese roque era real; más que real: un paraíso perdido donde iba a encontrar lo que hasta entonces había echado a faltar en mi vida.

Las aguas del Atlántico estaban frías y empecé a dar enérgicas brazadas para entrar en calor. Había leído en una guía que Colón recaló en San Sebastián de La Gomera para avituallarse con agua y víveres antes de emprender su viaje a América. Puede que durante su estancia tuviera un efímero amorío con una dama local, doña Beatriz de Bobadilla; no podía imaginar nada más arrebatador que hacer el amor con un aventurero a punto de partir rumbo a lo desconocido.

Nunca antes había experimentado el placer de nadar desnuda en el mar. Me sentía libre, como si hubiera escapado del cautiverio urbano, lejos de los ruidos de la ciudad, del metro y el apresurado sándwich del mediodía. De esa impresión de que la vida se escurría a mi lado y de que, por mucho que corriera, jamás la atraparía. Me concentré en el movimiento de brazos y piernas mientras surcaba las aguas, y en el ritmo regular de mi respiración cuando giraba la cabeza para coger aire. El mar donde nadaba era el mismo océano Atlántico que Colón había surcado en busca de una ruta alternativa a las Indias; me resultaba insólito que estuviera más cerca del corazón del África negra que de la civilización del continente europeo.

Cuando paré de nadar para descansar, me percaté de que me había alejado de la costa más de lo que creía y que ahora la distancia que me separaba del islote era casi igual que el tramo que había recorrido desde La Gomera. Allá lejos, podía ver la ladera del Garajonay, el monte en medio de la isla; y las palmeras del islote, casi igual de lejanas, me parecían dedos que quisieran atraerme hasta él.

Me sentía como debió de sentirse Colón a bordo de su nave capitana, la *Santa María*: al llegar a un cierto punto se acababan los mapas.



El camino por delante estaba preñado de peligros y riesgos, pero dar media vuelta equivaldría a admitir una ignominiosa derrota; habiendo llegado hasta ahí tenía que continuar. Este cambiante Rubicón en medio del mar marcaba un punto de no retorno: o deshacía el camino y me quedaba tal cual, como siempre, o continuaba nadando y me enfrentaba al destino.

Pensamientos de esta índole corrían por mi mente, como ondas eléctricas que dejaban resplandores y penumbras en su estela. Por unos instantes había olvidado que estaba como mi madre me había traído al mundo; al ponerme a dar brazadas de nuevo me daba cuenta de que hubiera sido mejor regresar a la playa, donde en mi toalla sujeta por cuatro relucientes pedruscos negros me esperaban mis gafas, mi bañador y mi teléfono móvil. Cuando, más adelante, pensaría en esa larga travesía a nado, me preguntaría qué fue lo que me había impulsado a huir de mi pasado, yendo desde lo familiar hasta el corazón del misterio; a lo más profundo de mi ignoto ser.

¿Qué fue lo que me hizo actuar tan irresponsablemente aquel día? En algunas de las largas noches que me esperaban en el futuro iba a preguntármelo sin cesar. ¿Fue un brote de locura, un deseo de comportarme demencialmente, un ataque de lubricidad? Una chica sola, despreocupadamente desnuda en medio del ancho mar. Una chica libre que había terminado la universidad y roto con su novio. No tenía ataduras de ninguna clase: tenía una vida por delante y, como Colón, quería adentrarme en lo desconocido.

En la mitología griega había una isla errante, Ortigia o isla de Las Cordonices. Empecé a sospesar la posibilidad de que me encontrase ante ella; ante quizá el mítico islote, cuna nada menos que de los gemelos Artemisa y Apolo, que había soltado amarras y derivado por el Mediterráneo para, tras sobrepasar Gibraltar, flotar hacia el Nuevo Continente. Tras rebasar el punto medio, aquel punto donde hubiera debido dar media vuelta, continué nadando, aunque no por esto mi objetivo aparentaba estar más cercano; como si fuera una pelota, cada brazada mía me parecía que empujaba hacia el horizonte a esos llamativos palmerales.

Me detuve un instante para recuperar fuerzas y al girarme me di cuenta de que me había alejado mucho más de lo que pensaba. La bandera *rojigualda* que ondeaba en lo alto de un edificio oficial de La Gomera era



ahora un simple punto de colores que el viento mecía. No era sensato pensar en regresar ahora; mi suerte estaba echada y mientras continuaba nadando de espalda me daba cuenta de que el mar me iba a arrojar a un lugar desconocido, sin dinero ni papeles, como una Venus de Boticelli cualquiera.

La idea me inquietó, con una zozobra que la soledad y el silencio no hacían sino acentuar. Me giré de nuevo y empecé a nadar furiosamente, como un atleta en el *sprint* final de una carrera. Pronto superé el instante de pánico, sobre todo porque ante mi vista se empezó a perfilar el paisaje del islote, con sus árboles, su playa arenosa y una torre en ruinas en lo alto de un montículo. Al detenerme, mis pies tocaron fondo y pude salir del agua caminando.

Me encontraba en una playa desierta con la arena llena de pechinas de toda clase y tamaños, formando un calidoscopio de colores como flores en un jardín. Caparazones rojizos de estrella de mar, carapachos de navajas que evité pisar para no cortarme las plantas de los pies, conchas abiertas de bivalvos con los restos resacos de una almeja en su interior y caracoles vacíos que los cangrejos ermitaños transportaban metódicamente de aquí para allá. Otros cangrejos, más grandes, deambulaban por la playa con su característico desplazamiento de lado, los ojos desorbitados como los de los personajes de dibujos animados expresando asombro y sorpresa. Tenía frío, pero el sol del mediodía pronto me calentó mientras me iba abriendo camino hacia las dunas que limitaban la playa.

Al contemplarlo desde La Gomera el islote me había parecido pequeño, pero visto desde aquí era bastante grande; desde donde me encontraba se divisaba un kilómetro de playa a cada lado, antes de que la costa se doblara, perdiéndose de vista. Subí hasta lo alto de una duna y me tendí en la arena: estaba exhausta. Debí de quedarme dormida, porque hasta que no oí el ruido de pasos en la arena no volví a la realidad.

Dos pensamientos me vinieron inmediatamente a la cabeza: uno, había encontrado ayuda para salir de ahí y, dos, estaba completamente desprovista de ropa, tan corita como me parió mi madre. Sin teléfono ni dinero, sin nada...

Quien se acercaba era un hombre tocado con un turbante y ataviado con una túnica añil que flameaba al viento. Se estaba aproximando cautelosamente, como uno se acercaría a un animal receloso; a un uni-



cornio, pongamos. Pensé que quizá el islote era una propiedad privada en la que yo había entrado sin pedir permiso. De ser así, tampoco había cometido un gran delito: no había robado nada y, por lo tanto, era inútil preocuparme. Sólo tenía que explicar que me había cansado tanto al venir que no consideraba prudente regresar a La Gomera a nado. En el islote tenía que haber algún bote; el hombre debía de ser un pescador. Si me llevaba de vuelta a la playa, donde había dejado la ropa con la cartera, podría pagarle.

Me puse de pie sin saber qué hacer con las manos, si cubrir mis senos o tapar los rizos de mi vello púbico un poco más oscuros que la enmarañada melena que caía sobre mis hombros. Intenté imaginarme cómo el extraño debía de verme y decidí actuar con naturalidad, como si andar en pelota picada fuera la cosa más natural del mundo. Me quedé inmóvil, erguida, con los senos apuntando hacia delante. Estaba azorada, claro, pero también embargada por un sentimiento de estar haciendo una travesura, algo que me colocaba en un plano superior al del intruso.

Al acercarse el hombre, su expresión no cambió. Tenía el rostro cetrino, quemado hasta un tono caoba por el sol; bajo el turbante exhibía unos rasgos aquilinos y sus ojos brillaban como si fueran ascuas. Al cambiar de hombro el saco que acarrea no hizo ningún esfuerzo para disimular que observaba mis prominentes pezones, que captaba las nerviosas sonrisas y miradas con las que intentaba dar una impresión de confianza en mí misma que, en realidad, no tenía.

Se detuvo ante mí sin pronunciar palabra. Encogí levemente mis hombros.

—¿Le importaría ayudarme? —pregunté—. Vine nadando desde allí —dije, señalando a La Gomera—, y no me di cuenta de cuánto me alejaba.

El extraño continuó sin abrir la boca. Dio un paso a un lado para contemplarme de perfil. Luego giró a mi alrededor para estudiar mi espalda, como si él fuera un campesino en día de feria y yo, una res que estuviera pensando comprar.

—Dejé mi bañador en la playa —añadí, como si esto lo aclarase todo.

Tenía el corazón desbocado; mi pecho se inflaba con cada inspiración e incluso mis nalgas parecían moverse de su propio acuerdo. Mientras



el hombre terminaba de circunvalarme, pensé que nadie me había estudiado así jamás; no tanto con lubricidad, sino con la indiferencia de un cliente preparándose a hacer una oferta por una mercancía expuesta al público en un mercadillo.

—Allá tengo dinero —le anuncié con voz temblorosa, y volviendo a señalar atrás—, si me lleva, le pagaré.

No dio signo alguno de haberme entendido. Su expresión permaneció fija como la de una estatua de oscuro mármol. Era como si yo fuera un perro ladrándole a la luna.

—Vine hasta aquí nadando —volví a explicarle con un apagado hilo de voz...

Transcurrieron unos instantes sin que supiera qué añadir a lo dicho. Él continuó mudo. Depositó su saco en el suelo y al abrirse vi que contenía una gran pechina; una concha irisada, brillante y perfecta.

Apoyó una mano en su mentón y frunció el ceño. Era evidente que estaba estimando la situación. Alrededor del cuello llevaba una tira de cuero de la que colgaba un abalorio amarillo. Al ver que se lo sacaba pensé que me lo iba a dar. ¿Esperaría a que me tendiera en la arena y que hiciese el amor con él? ¿Sería esto el pago? Quizá fuera la costumbre, una manera de dar la bienvenida intercambiando cosas: el abalorio por mi cuerpo, puesto que nada más tenía...

Una idea a la vez inquietante y absurda. Mi desnudez era una invitación explícita e inequívoca. Era muy consciente de que, como mujer, la ropa era una protección, pero también una manera de parecer deseable; defensa a la vez que señuelo. Presentarse sin vestir era un modo de expresar acuerdo, una manera de decir «aquí estoy, haz conmigo lo que quieras!». No en vano, si permites que un hombre descorra la cremallera de tu vestido, estás dando tu tácito acuerdo a lo que siga. Aquí, ni siquiera había esta posibilidad; la epidermis carece de cierres...

Pensamientos que desfilaban por mi mente y que, en el futuro, tendría tiempo para recordar. Sabía que, sin dárme las de vampiresa, mi cuerpo atraía a los hombres: pechos firmes, piernas estilizadas por mis caminatas en el parque los fines de semana, cintura esbelta, huesos bien conformados. También sabía que no tenía mucha experiencia del mundo y los hombres: para mí las relaciones sexuales nunca habían llegado a ser satisfactorias; siempre habían sido algo así como un «aquí te pillo, aquí te



12 Chloë Thurlow

mato», propio de una inmadurez personal de las dos partes contratantes de las primeras partes. En realidad, la única vez en que un hombre había intentado abrir la cremallera de mi vestido, me había dado la risa floja y le había pedido al interfecto que no continuase.

Estaba perdiendo la paciencia.

—Vamos a ver, ¿tienes un bote o no? —inquirí—. Si no, ¿hay alguien más a quien le pueda preguntar?

El hombre se sacó del cuello la tira de cuero y tras enrollarla alrededor del abalorio lo introdujo todo entre los pliegues de su túnica. Me miró y deslizándolo el pulgar sobre los dedos índice y medio hizo el típico y universal gesto de sugerir dineros.

Como pensé que quizá no estuviera seguro de que lo iba a pagar, me apresuré a tranquilizarlo.

—Tan pronto recuperemos mi cartera, te pagaré —dije.

Y para mostrar mi sinceridad extendí hacia él mis brazos con las palmas de las manos giradas hacia arriba. Para desconcierto mío, con un rápido movimiento se sacó la tira de cuero y me sujetó con ella una muñeca. Aunque era tan alta como él y probablemente igual de fuerte, me quedé atónita; antes de que pudiera reaccionar y golpearle en la cara, me hizo dar la vuelta y me ató la otra muñeca por la espalda con la tira.

Entonces sí que reaccioné: grité, le di patadas e intenté morderle. Pero él me esquivó y mis bramidos fueron ahogados por el ruido del oleaje. Pensé en correr para escaparme, pero me di cuenta de que descalza y con las manos atadas a la espalda no iba a llegar muy lejos.

Estaba atrapada como un animal en un lazo, bien sujeta y desvalida. La horrible situación hizo que me derrumbara y rompí a llorar.

—¡Por favor, por favor, no me haga daño! —dije con un hilo de voz, patética y sin trazo alguno de pomposidad— ¡Por favor! —añadí...

El sol que había caído sobre mi cabeza me estaba pasando factura; temí que me fuera a desmayar. ¿Por qué se me habría ocurrido echarme a nadar desnuda en la playa de La Gomera? ¡Vaya locura! Y ponerme en cueros a tomar el sol... Algo que siempre he detestado: ya en el instituto odiaba a las chicas que para ir a la ducha se paseaban sin nada encima. Yo nunca me dejaba ver así. Me mareaba al pensar en el aspecto que debía de tener con la pechuga al aire, los pelos desgrefñados y la piel rebozada en salitre y arena. Debía de parecer que buscaba guerra, todo lo contra-



rio de la realidad. La mirada del extraño me petrificaba; me resultaba inexplicable que mis pezones estuvieran erectos (¿sería el aire?) y que ahí, desnuda y atada, mi cuerpo me provocara todo un sinfín de sensaciones inauditas e incomprensibles.

El hombre no hizo caso de mi llanto. Con un dedo me indicó que no me moviera y yo le obedecí. Me quedé quieta mientras deslizaba sus manos sobre mi cuerpo. Palpó mis senos con firmeza como si calibrara la firmeza de la carne de un pollo en el mercado. Grité, pero no me moví por más que luego recorrió con sus manos mi espalda hasta que sus oscuros dedos separaron mis nalgas y se introdujeron en una vulva de mi propiedad, muy a mi pesar, húmeda.

—¡No, por favor! —pude susurrar.

Me miró fijamente como si tratara de leer mis labios y entonces se me ocurrió que quizá fuera sordomudo; un mísero pescador que no había visto nunca antes a una mujer blanca desnuda. Si hubiera podido le habría cogido la mano para tranquilizarlo. Para que entendiera que no estaba enfadada; que sólo quería regresar adonde estaba antes de todo esto.

—Todo está bien —dije lentamente con voz calmada—, ...vayamos a por ayuda.

Asintió con la cabeza como si me hubiera entendido y cuando le sonreí él también sonrió, mostrando una enlutada dentadura con varias piezas rotas. Entonces, con un rápido movimiento me hizo dar la vuelta y me propinó un fuerte manotazo en el culo. Creí que me iba a dar un infarto.

—¡No! —protesté vehemente—, ¡no, no! —De nada sirvió que protestara; él me propinó otra palmada aún más fuerte que la anterior.

Intenté apartarme, pero me cogió por el talle, hizo que me doblara y me inmovilizó mientras me propinaba nalgada tras nalgada con toda su energía, tan fuertes que el sonido de su mano al golpear mi piel bloqueaba el ruido del mar. Si intenso era el dolor, peor aún era la humillación de que un extraño con dientes mellados y una ajada túnica azul me estuviera zurrando el trasero como si fuera una niña. Había creído que me iba a dar el abalorio y que luego insistiría en que yo le correspondiera... Aunque esto era mucho peor.

—¡Ay, qué daño! —grité.

Pero él continuó el castigo, primero en una nalga, luego en la otra. Su curtida mano me aporreaba sistemáticamente como si mi pompis fuera el



cuero de un tambor con el que marcar algún primitivo ritmo. Estaba temblando. Arañaba la arena con los pies y a pesar de tener las manos atadas a mi espalda, intentaba protegerme con ellas de esos fieros azotes.

Me zurró cuanto quiso, hasta que el sudor chorreó por mi espalda y se escurrió por los pechos encarados hacia abajo. Continuó aporreándome y el dolor se hizo insoportable, tan indescriptible que dejé de notarlo. Allí, bajo el sol ardiente, me sentí como una víctima inmolada en algún extraño e incomprensible ritual.

Aunque me hubiera vuelto insensible al dolor, empecé a pensar que eso no acabaría nunca, que el hombre me iba a zurrar eternamente hasta romperme la piel. En este cacho de islote, yo, la chica blanca desnuda, iba a pagar por siglos y siglos de explotación de las gentes del desdichado continente cercano por parte de mi raza. Era culpa mía e iba a tener que indemnizar a todo el mundo por ello.

Cuando se cansó, me obligó a ponerme de rodillas.

—¡Por favor, por favor! —repetía sin cesar—. ¡No me haga daño, por favor! —le supliqué. Por toda respuesta, me agarró del pelo.

Con la mano libre apartó la túnica y se sacó la tranca, dirigiéndomela hacia la boca. Entonces habló por primera vez. Dijo algo que no entendí con voz ronca y exigente. Era fácil adivinar lo que se proponía; ahí estaba yo desnuda, arrodillada y bien zurrada, con el pene del hombre contra mis labios cerrados. Le olía como podría oler una fruta exótica madura más allá de su punto. Un pepino color malva con una perforación en el centro.

Me di cuenta de que nunca había tenido tan cerca el pene de un hombre; por lo menos, no así, a plena luz del día bajo el ardiente sol. Con las manos atadas a la espalda por la tira de cuero, los ojos llenos de lágrimas y el trasero ardiendo me sentí como la protagonista de un film pornográfico. Nada me parecía real y esa sensación de irrealidad de alguna manera me inmunizaba contra el terror.

Estrujó mis mejillas y yo separé los labios a fin de permitir que esa peregrina fruta se introdujera en mi cavidad bucal. Sujetándome la melena con más fuerza, imprimió un vaivén a mi cabeza para que su pene me llegara hasta la campanilla. Para reprimir las arcadas aspiré aire por la nariz y abrí la boca tanto como pude. Lo único que quería era acabar con esto cuanto antes. El sol me quemaba la espalda y el pompis me ardía.



Sólo tres días antes, estaba en el departamento de relaciones públicas de una conocida editorial londinense. Cada mañana, en Fulham Road, subía al autobús 14 que me llevaba al trabajo. Al acabar la jornada tomaba una copa en el West End, mientras hacía planes para la velada. Solía llevar faldas de *denim* excesivamente cortas, blusas que revelaban un trozo de canalillo y chaquetas ajustadas al talle. Bobby, mi novio, era periodista en un rotativo vespertino. Juntos íbamos a bares, clubes musicales o al cine. Teníamos amigos y un futuro desconocido pero predecible donde no cabían sobresaltos. No obstante, me aburría mortalmente; me sentía un clon entre clones, una oveja del rebaño, una más de las chicas enrolladas. Deseaba desesperadamente que me aconteciera algo inesperado, pero jamás me hubiera podido imaginar que terminaría en un islote perdido, en cueros y humillada, con la polla de un desconocido en mi garganta.

Como me decía mi madre, hay que tener cuidado con lo que una desea, porque puede hacerse realidad.

A pesar de ese cilindro de carne caliente entrando y saliendo de mi boca, al cerrar los ojos casi pude olvidar el asco y miedo que la situación me causaba. Me pregunté si eso no sería como la jardinería: aburrida y cansada al principio, pero más llevadera e incluso divertida una vez se progresaba más allá de arrancar hierbajos y matojos. Aunque inmediatamente me dije que no era lo mismo; si bien la parte mecánica no era intrínsecamente distinta de lo que le hacía a Bobby (y bien que le gustaba que se lo hiciera), con mi exnovio yo controlaba el asunto. Aquí, no.

¿Sería por eso que me había cansado de él y me había largado a las *quimbambas*? Si aventuras era lo que buscaba, parecía claro que iba a ir bien servida.

Intenté consolarme pensando que el hombre me había zurrado la badana por entrar sin permiso en su propiedad y que todo lo demás era un pago en especies por llevarme de vuelta a La Gomera. Quiriendo creerlo así, me apliqué a la tarea: con la punta de la lengua recorrí todo su glande, buscando las terminaciones nerviosas que sabía que estaban ahí. El extraño se estremeció, pero pronto recuperó su compostura; no tenía prisa alguna, al parecer. Me introdujo de nuevo su polla hasta el velo del paladar y con la mano que me agarraba por el pelo dirigió los movimientos de mi cabeza. De la misma manera en que al ir nadando hacia el islote mis brazos acabaron convirtiéndose en una máquina de





16 Chloë Thurlow

propulsar mi cuerpo, ahora toda yo era una bomba de succión con un maleable émbolo que penetraba y emergía de entre mis mandíbulas.

El extraño empezó a gemir en clara señal de que iba a correrse. Cuando empezó a hacerlo, sacó su pene de mi boca y me esparció el tibio y pegajoso líquido seminal por toda mi cara. Desde ahí cayó hasta mis pechos. Me sentí profanada y ensuciada; nadie me había hecho esto antes y lo encontraba degradante. Totalmente inaceptable para la persona que yo creía ser. Lamenté haberme esmerado tanto en chupar su polla.

El tipo soltó un largo suspiro y me introdujo otra vez el pene en la boca para que lo limpiara con la lengua. Al perder la rigidez, lo sacó.

Pero si creía que con esto habíamos terminado, andaba equivocada. Sacudió su pene un par de veces, suspiró de nuevo y me empezó a orinar encima. Me costó un momento darme cuenta de que el arco de amarillo líquido me regaba la cara antes de caer sobre mis pechos y mi cintura, antes de mojar mi vello púbico y escurrirse por mis caderas. Incluso estando arrodillada intenté esquivarlo, pero el horror de la situación me paralizaba. Cerré los ojos, hundí las uñas en las palmas de las manos e intenté no desmoronarme ante lo más degradante que me habían hecho en mi vida. En comparación con esto, todo lo de antes habían sido juegos de niños.

Sacudió las últimas gotas de orina de la punta de su pene y se volvió a tapar con su túnica. Al mirarme a los ojos creí ver una especie de condescendencia en su expresión; por lo menos no lo había antagonizado. Si era realista, tenía que admitir que él era un hombre y yo, una joven mujer desnuda. Mi error había sido ponerme a nadar sin bañador, y el tipo se había aprovechado de ello. Era inexcusable, inaceptable y, también, ilegal; pero, en cierto modo, esperable. Si bien, claro está, había que tocar madera: la proverbial sangre no había llegado, en este caso, al mar.

Muy en el fondo, en un recoveco de mi alma que hubiera preferido no iluminar, me quedaba maravillada de que estando atada le hubiera practicado una trompeta a un desconocido, no sin cierto inexplicable placer. No es nada raro hacerse fantasmagorías con la idea de hacer el amor en una isla desierta con un hombre que aparece de pronto. A mí me habían calentado el culo y follado la boca; así son en realidad las fantasías. Terrible, ¿no? Es imposible saber qué es peor, si la procaz fantasía o lo que acaba sucediendo...

